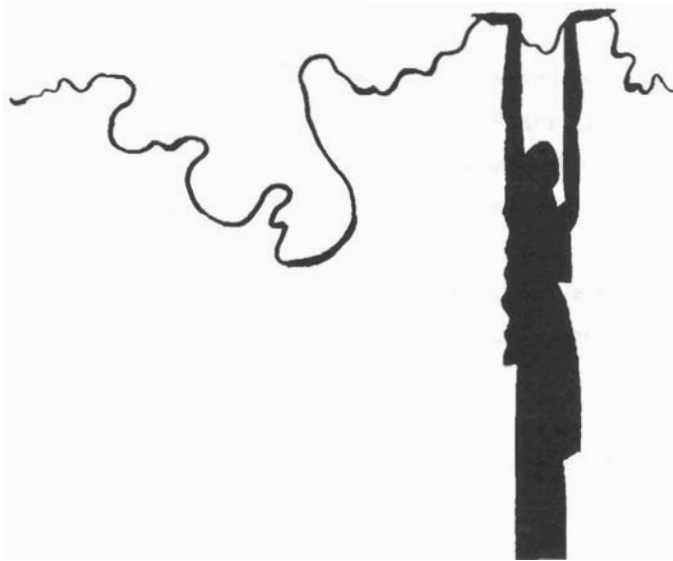

Cuadernos del Matemático
Revista Ilustrada de Creación

www.cuadernosdelmatematico.es



Getafe
número 46
Junio – 2011

Año XXIII

TIRADA: 2.000 ejemplares
P.V.P.: 10 €

Las opiniones vertidas en cada artículo de esta revista son responsabilidad exclusiva de su autor.
La Redacción no mantendrá correspondencia sobre los originales recibidos por la imposibilidad material de atenderlos a todos como se merecerían y garantiza, en su modestia, que todos los textos son inéditos excepto los que expresamente se señalen.



La poesía como la búsqueda de un centro

Goya Gutiérrez

Cinco Visiones: Teresa Costa-Gramunt. Compte D'Aure, Barcelona, 2010

Entre la prolífica obra de Teresa Costa-Gramunt (Barcelona, 1951) en lengua catalana, de narración, ensayo, diarios o poesía, destaco hoy “Cinco visiones” y celebro además de su contenido, la traducción al castellano realizada por Antonio García Lorente, del original “Cinc Visions”, editado en el 2006, con prólogo de José Corredor-Matheos. El libro se distribuye en cinco partes o visiones, que están encabezadas cada una de ellas por una cita del ciclo de Bronwyn, de Juan Eduardo Cirlot a cuya memoria se dedica el libro. Sin embargo, esas cinco

visiones se nos presentan como un largo y continuado poema, como una búsqueda a través de una senda que poco a poco se nos irá anunciando y revelando.

Desde el primer momento la poeta nos convoca, nos sumerge, nos va transportando hacia un instante primordial, una cosmovisión, o una experiencia simbólico-mística, inscrita en la palabra poética como espacio sagrado. La palabra como fundadora de un orden en el que vamos poco a poco descubriendo un centro, un “axis mundi”, un eje del mundo que para los seres arcaicos podía ser un árbol que unía la

tierra con la luz primordial, que daba sentido a un universo, a una experiencia espiritual o vital, a un viaje, como ya Homero demostró también con el mítico periplo de Ulises.

Juan Eduardo Cirlot en su *Diccionario de Símbolos* dice, entre otras cosas acerca del viaje y citando a Guénon “que las pruebas iniciáticas toman con frecuencia la forma de <<viajes simbólicos>>, representando una búsqueda que va de las tinieblas del mundo profano (o del inconsciente madre) a la luz”. Y esta cita me parece muy pertinente, ya que el poema que es “Cinco visiones”, yo lo percibo y lo interpreto, como un viaje iniciático y simbólico en tránsito hacia una experiencia unitiva.

El poema inicia su marcha a partir de ciertos elementos que parecen profanos, pero enseguida comprobamos a medida que avanza, que esos elementos no son sino una forma de lo sagrado. El itinerario dibujará un círculo, cuyo final es el principio.

La poeta inicia la primera visión con el relato poético de un viaje en tren en donde se hace notar el protagonismo y la presencia de un compañero de viaje, de su mirada, del principio de la experiencia en un punto luminoso, de un libro abierto. Dice “Me miraba con ojos ardientes” “Había comenzado el viaje en un punto luminoso”. Se nos dan por tanto una serie de palabras claves, que irán girando, danzando en espiral, formando círculos y abriéndose para regresar de nuevo a su origen. En el poema III de esta parte se habla de una flor dejada dentro del libro “Cuando volvía a abrirlo, se iluminaba el recuerdo de doblar la flor/ y revivía el instante de la epifanía”. Mediante el ritual, mediante el acto de la repetición, se rememora el origen primigenio, diría Mircea Eliade. La palabra poética es también el lugar de rememoración de ese primer instante, y por tanto una reintegración, una restitución y convocación de la presencia, de la experiencia de unión; de la religación del mundo visible y del mundo invisible. A medida que avanza esta primera parte lo que al inicio parecía elemento profano va introduciéndose en el círculo de lo sagrado: IV “El viajero surgía/ de la memoria” “Miré hacia dentro”: En el interior, las edades/ evolucionaban en forma de espiral/ el lugar me sería revelado”. El viajero ya es una voz que se hace escuchar: “La voz alejaba la muerte” último verso de la primera visión.

Citaré a María Zambrano: “los símbolos siempre entreabren los misterios de la vida, ayudan a conocernos y a salvarnos”.

En la segunda visión hallamos la presencia del templo “Atravieso la nave hasta el altar” “He venido a escuchar el silencio” Lo sagrado parece también mezclarse con lo profano del transitar por las calles parisinas de los dos viajeros, “lo estático en movimiento” dicen los versos que transcurren entre la presencia y la ausencia del misterioso compañero, que a veces se materializa y otras se hace sombra “en forma

de silueta atravesando el puente”. Según Mircea Eliade lo sagrado es, necesariamente ambiguo, pero también la poesía bebe de esa ambigüedad, de ese misterio que en este caso concreto nos adentra en una experiencia amoroso-mística.

En la tercera visión y según escribe Corredor Matheos en el prólogo “Los versos de Cirlot al comienzo de esta parte hacen referencia a la obertura de la realidad posible más allá de los límites conocidos (...) “Si nunca has existido eres posible” dice Cirlot. La experiencia mística va progresivamente avanzando, o adentrándose I: “Dame la mano, ahora/ que estamos juntos” V: Tan sólo tú y yo, /el Todo y la Nada/ que nos iba engullendo. Paul Celán en su libro *Mandorla* también dirá “En la almendra - ¿qué hay en la almendra? La Nada.” Hans George Gadamer escribió que lo que distingue al poema es el hecho de estar siempre en el horizonte de lo indecible; y Sanchez Robayna explica acerca de ello que la palabra poética nace de una suerte de combate entre la posibilidad y la imposibilidad de la palabra, entre el no decir y el decir, de tal manera que lo que distingue al poema es, precisamente, que ha sabido remontar toda ausencia para hacerse audible, para hacerse cuerpo resistente. Y así nuestra poeta Teresa Costa Gramunt en el VI de esta tercera visión nos dirá: “Me iba construyendo en el sonido, / y el Verbo me entregaba/ el nombre del origen”. Y volviendo otra vez a Sánchez Robayna se pregunta: ¿No es todo poema una elegía? ¿No es el poema el homenaje que la conciencia de la muerte hace a la vida? Afirmación de la vida aun en la muerte”. Y así acaba la tercera visión: “Escribir:/ deseo de ser perenne/ de quien se sabe mortal/” “sostenerse en las catedrales de las palabras”.

La cuarta visión tiene como escenario la: I “Mirada hacia Oriente...” y en ella Benarés y el templo en donde II “Nada comienza ni acaba”. Se nos va anunciando así la progresión, la búsqueda y encuentro de un centro. II: “Nos amábamos/ cuando el espacio y el tiempo/ preparaban un lecho a la posibilidad”. IV: “Kailasa es el centro” Kailasa en la metafísica hindú, es el cielo o lugar de los dioses. VII: “Arde la vida en un vivo fuego/ que florece en el ombligo”.

El compañero de viaje se ha convertido en el amado, en luz del Cosmos, sus ojos son los del hombre primordial, cielo y tierra. Ambos Él y Ella han encontrado el centro.

Por último la quinta visión es la posibilidad reencarnada, la vía unitiva de la experiencia simbólico-mística: “Eres Verbo que se revela, / alma que echa a la luz sus brotes”. “Tú eres el sí, la afirmación del espíritu “ “ Mas te llevo ahora dentro de mí”. “La carta iba dirigida a mí” “Y la voz se constituyó en senda” “El mundo revivía/ cuando nombrábamos los peces” Según Ángel Valente, el símbolo de la mandorla o la almendra está asociada al pez. Es la zona de la unidad y, evidentemente el sexo femenino. En esta quinta visión tiene lugar pues la transformación “Respirábamos en un solo

cuerpo” Finaliza el libro con el nombre de Elohim, término del arameo para designar a Él, término de la divinidad. En el último poema se nombra el balbuceo de un deseo, la búsqueda, el hallado tálamo, centro en donde se funde el principio y el final del omega y el alfa, como totalidad, ante los beneficios de la luz, la energía de la deidad, que conecta con el principio del libro cuando se nos dice: “Había comenzado el viaje en un punto luminoso”.

Poesía, versos por tanto que expresan deseo de totalidad, de hacer sentir el misterio de lo visible y lo invisible a través de la desnudez de la palabra, necesaria para llegar a ese último estado de éxtasis amoroso, de unión. Rememorar a través

de la palabra que formamos parte de un todo con el Universo, con la Naturaleza, con la realidad de un espacio sagrado, con el propio misterio de símbolos como el agua relacionada con el origen primordial, el pájaro y el vuelo como posibilidad de adentrarse en la experiencia amorosa, de la luz dentro de la oscuridad en forma de túnel o de noche, o el pez o mandorla, o el tálamo para simbolizar el centro de la unión. O el mismo símbolo o mito del eterno retorno.

Esta es mi lectura del libro, aunque como siempre en poesía, no la única... porque así debe ser.

Goya Gutiérrez